



AINKAA

Revista de Estudiantes de Ciencia Política
Edición 1 / ISSN: 2590-7832
Enero - junio de 2017

Democracia a pesar de sí misma

Una entrevista a
Nazih Richani sobre
el Sistema de Guerra
y la paz en Colombia

Juan Felipe Duque Agudelo
Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín





AINKAA

Democracia a pesar de sí misma

Una entrevista a Nazih Richani sobre el Sistema de Guerra y la paz en Colombia¹

Juan Felipe Duque Agudelo²

Nazih Richani es PhD en ciencia política de la Universidad George Washington (1991) y profesor asociado de Kean University en New Jersey. Por varias décadas se ha dedicado al estudio de América Latina y de los conflictos armados alrededor del mundo. Entre sus publicaciones se encuentran *Systems of Violence: The Political Economy of War and Peace in Colombia* (Richani, 2013) y *Dilemmas of Democracy and Political Parties in Sectarian Societies: Lebanon 1949-199* (Richani, 1998).

1. La entrevista fue dada el 21 de julio de 2016 en la ciudad de Nueva York, Estados Unidos.

2. Juan Felipe Duque es estudiante de ciencia política de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín. Es miembro del Comité Organizador de Ciencia Política y hace parte del Comité Editorial de la Revista Ainkaa, juafduqueagu@unal.edu.co.

No es fácil emprender el estudio que usted ha adelantado del conflicto armado en Colombia. ¿Cómo se convirtió Nazih Richani en investigador de conflictos armados? Y ¿cómo llegó a Colombia?

Yo arranqué mi estudio acerca de conflictos armados en el Líbano, donde pasé unos años estudiando en la Universidad Americana de Beirut, allí viví en carne propia la guerra civil del Líbano y me surgió la idea de estudiar conflictos armados. Realmente mi primer trabajo fue sobre el caso del Líbano, su guerra civil y las dinámicas que se dan dentro de una guerra civil luego de empezada; es decir, comencé a observar la economía política de una guerra civil y las violencias que se dan dentro de ella. A partir de esta idea empecé también a mirar conflictos armados en América Latina y África para ampliar mi enfoque y adquirir una visión más amplia acerca de los conflictos armados a nivel internacional.

Con esta perspectiva llegué a Colombia en el año 1994, con una beca de la Fulbright como profesor visitante a la Universidad de los Andes y al Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional, allí colaboré con los politólogos de la Universidad Nacional por muchos años y muchos de ellos se volvieron amigos muy íntimos. Entonces, a partir de ese año comencé a estudiar el caso de Colombia con esta visión comparativa con la que aterricé mis investigaciones acerca del conflicto armado.

En términos disciplinares su obra es bastante interesante, usted logra integrar perspectivas teóricas y estrategias de investigación muy variadas dentro de un análisis que se dice llamar politológico. Para algunos eso puede ser muy polémico, para otros es apenas el desarrollo necesario de una disciplina que desde un principio tuvo unas fronteras muy porosas. ¿Cuál cree usted que debe ser la actitud de un investigador, en lo que llamamos ciencia política, al acercarse a un fenómeno de naturaleza tan compleja como un conflicto armado?

En términos disciplinares, y eso puede servir para todos los estudiantes de ciencias sociales, hay que reconocer las limitaciones de cada disciplina. En mis observaciones sobre las guerras civiles yo no traté de imponer mi disciplina sobre el estudio, sino que miré lo que estaba sucediendo y busqué cuáles disciplinas me podían dar más apuntes para entenderlo. Es una relación dialéctica entre lo que estamos observando y nuestro desarrollo disciplinar. Entonces investigando conflictos armados traté de incorporar muchos aspectos de distintas disciplinas: estudios institucionales, históricos, antropológicos, sociológicos, de economía política y de relaciones internacionales. Es una ensalada de disciplinas para sacar el jugo de lo que estamos observando.

Lo más importante, para dar un consejo a todos los estudiantes, es el de sacarnos los dogmas, cualquier dogma disciplinar limita y al mismo tiempo debilita la investigación. Por eso, el poderío de cualquier investigador es el de lograr incorporar, tener la mente abierta y estudiar todas las disciplinas; realmente eso exige un estudio de todas

las disciplinas que uno puede alcanzar en su vida. Entendiendo todas las limitaciones que tenemos como seres humanos, y que nuestra capacidad para entender es limitada, debemos poner todo el esfuerzo para incorporar la mayor parte de esas disciplinas en nuestras investigaciones empíricas.

Aterrizando un poco más, en mi investigación del caso colombiano mi pregunta central fue ¿por qué un conflicto en Colombia se ha prolongado 40 años - en ese entonces, ahora ya llevamos 52 - mientras un conflicto en el Líbano duró 15 años, mientras el conflicto de Angola duró unos 14 años? Entonces la cuestión fue para mí ¿cómo puedo clasificar esas variedades en términos de prolongación de conflicto? Y ¿a qué se debe esa prolongación? En últimas ¿qué papel juega la debilidad institucional de los Estados para promover conflictos armados violentos?

Y precisamente en el despliegue de esa pregunta de investigación usted ha logrado desarrollar la categoría del sistema de guerra que ha sido muy difundida y discutida, sobre todo acá en los Estados Unidos. Me gustaría que hablara un poco acerca de lo que significa teóricamente el sistema de guerra, sus partes y cómo se consolida.

Bueno, para entender cualquier cosa en ciencias sociales es importante que los investigadores desarrollen una perspectiva sistémica que observe en aislamiento el fenómeno que se va a investigar y sus componentes. El mejor medio para hacerlo, en términos abstractos, es encontrar los aspectos centrales de ese fenómeno o las

unidades – para utilizar la palabra sistémica – y apreciar cómo interactúan esos factores que componen el sistema como tal, del fenómeno que se va a investigar en términos dialectos y dinámicos. Por ejemplo, mirando un conflicto armado lo primero que hay que identificar son los actores centrales del conflicto, al definir los actores ya estamos definiendo los componentes. Luego hay que ver el tipo de relación entre esos componentes. ¿Qué tipo de relación tienen? Esto en términos de relaciones conflictivas, cooperativas, de coexistencia, etcétera. Lo siguiente es encontrar el producto de esa interacción o, como lo llamamos en inglés, el *outcome* de esta relación, o mejor, de estas relaciones en términos plurales. Es decir, hay que encontrar el producto de estas relaciones que son dialécticas y dinámicas.

Entonces, el *sistema de guerra* básicamente fue para mí un modelo teórico, y definí que existían tres componentes esenciales para que un sistema de guerra surgiera. El primero es la falla institucional del Estado, donde los actores ya no pueden resolver sus conflictos a través de las instituciones estatales; el conflicto es una cosa de lo más normal en cualquier sociedad, pero el problema está cuando el conflicto pasa de un conflicto no violento a uno violento. En este caso estuve mirando por qué en Colombia las instituciones estatales fallaron en canalizar el conflicto social y no lograron resolverlo antes de llegar a un punto violento. Así vemos una falla institucional gravísima en el caso colombiano como en otros casos, el caso libanés, angoleño, nepalés, Sri Lanka; en todos los casos en que uno investiga guerras civiles se da cuenta de las fallas institucionales.

El segundo sucede cuando los actores sociales, en vista de que el Estado no está proporcionando lo que necesitan, dicen: “tenemos dos opciones, la primera opción es callarnos y regresar a casa y la segunda es pasar de una etapa de pedir a una etapa de reclamar con más fuerza”; obviamente, en esta última, el conflicto va en escalamiento. En el caso de Colombia por ejemplo, cuando los campesinos sin tierras estaban pidiendo tierras en las décadas de los 40 y los 50, el Estado colombiano decidió combatirlos. Eso se ve claramente en los inicios de las FARC en Marquetalia en 1964, cuando el Estado colombiano resolvió declararlos Repúblicas Independientes sencillamente porque los pobres campesinos de Marquetalia y otros sitios decidieron tomar tierras. El Estado consideró eso como una amenaza contra el orden institucional y de tenencia de tierra, y empezó una respuesta violenta. Todo esto desencadenó lo que ya sabemos todos: una guerra civil a partir del año 1964 que ya alcanza 52 años de una falla institucional gravísima.

El tercer componente de un sistema de guerra se produce cuando los actores ya están en medio de un conflicto que se transformó de no violento a violento y el Estado no logra acabar con lo que podemos llamar la oposición armada. Y si no alcanza a hacerlo el Estado, y la oposición armada tampoco acaba totalmente con el Estado o toma el poder, se establece un balance de fuerzas donde ninguno de los actores involucrados en el conflicto violento consigue acabar completamente con el otro, de ahí que ese balance de fuerzas lleve a una condición un poco perversa que yo noté en diversos conflictos armados y es el surgimiento de un impase

cómodo (*comfortable impasse*). El impase cómodo surge cuando los actores involucrados dentro del conflicto armado sienten que no pueden ganar el conflicto y se acomodan a una coexistencia precaria, pero coexistencia a fin de cuentas. Entendiendo sus límites y sus poderes militares, políticos y económicos se acomodan a una condición de conflicto de baja intensidad, de ahí es de donde acumulan poderes a nivel local. Por ejemplo, el Estado colombiano pudo mantenerse en las ciudades y las clases dominantes colombianas lograron también conservar sus intereses económicos casi intactos porque consiguieron desarrollarlos. Como dijo el presidente de la ANDI (Asociación Nacional de Industriales) una vez cuando se le preguntó sobre Colombia y respondió que *bueno, que el país va mal pero que a la economía le iba muy bien*. Eso lo que quiere decir es que a las clases dominantes colombianas les iba bien porque los niveles de desarrollo y crecimiento económico del país permitían mayores ingresos para ellos, mientras que el conflicto armado estaba ardiendo en la periferia. Ese es un ejemplo clarísimo del impase cómodo.

Para aclarar un poco más esta idea, el impase cómodo es una relación entre fuerzas opuestas, un balance de fuerzas determinante que no permite a ninguno de los actores ganar el conflicto. Sin embargo, el conflicto no tiene que ser de baja intensidad en este sentido. ¿Cómo se mide la intensidad de un conflicto? Por miembros muertos por año, número de combates y el costo global para cada actor del conflicto armado. Hay que establecer una base para los conflictos asimétricos donde se mida el nivel de escalamiento y así observar el

grado de intensidad del conflicto. El impase cómodo no es una cosa abstracta, podemos tener indicadores proxy para medir la intensidad; para darte un ejemplo más extremo, en Siria hoy en día tenemos un conflicto armado que yo también he llamado un sistema de guerra pero con una intensidad más alta respecto del conflicto colombiano. El conflicto sirio arrancó en el 2011, lo que quiere decir que apenas lleva 5 años, y sin embargo ya ha matado a casi 400.000 personas en un país de solo 23 millones de personas, mientras que en Colombia que es un país de hoy en día 46 millones de personas, un conflicto de 52 años ha matado 200.000 personas. Entonces, una aproximación per cápita de muertes por año nos va a dar una idea de las intensidades de los conflictos armados y de las guerras civiles.

Pero ¿qué significa esto? Si miramos bien, el conflicto armado en Siria no es tan cómodo como es el conflicto armado en Colombia, ni tampoco tan cómodo como los conflictos armados de Angola, Sri Lanka o Nepal, eso nos da a pensar que el conflicto armado en Siria no va a durar 50 años porque la intensidad de ese conflicto no lo permite. Lo que en realidad está sosteniendo ese conflicto armado hoy en día es la intervención internacional. Es decir, que la capacidad de los actores armados no es tanta como para lanzar y sostener una guerra tan intensa y costosa en términos económicos, humanos, políticos y sociales. Lo que hace que aquí se complique todavía más nuestra conceptualización del impase cómodo, dado que, habrá que mirar el grado de intervención internacional en cualquier conflicto interno, incluyendo el de Siria. Para el

caso de Colombia, claro que hubo intervención internacional por parte de los Estados Unidos por medio de un Plan Colombia de casi 8 billones de dólares. Este ayudó al Estado y las clases dominantes a mantener un conflicto armado relativamente de mayor intensidad durante la época de Uribe y de Santos; porque es cierto que el conflicto armado colombiano empezó a tomar una tendencia de escalamiento a partir de la intervención gringa, luego de romperse el proceso de paz con Pastrana.

*En este sentido, para la primera publicación en el 2002 de su libro **Systems of violence** (Richani, 2013), usted lo que va a evidenciar es la construcción de un sistema de guerra y el establecimiento de un impase cómodo dentro del conflicto armado colombiano. No obstante en el 2013 que se lanza la segunda publicación, lo que usted muestra es precisamente el rompimiento de ese impase cómodo y la inestabilidad del sistema. ¿Qué pasó en este periodo de tiempo en Colombia? En últimas ¿cuáles fueron las razones que permitieron el actual proceso de paz?*

Realmente entender el impase cómodo implica ver sus dos componentes centrales; el primero es un balance de fuerzas que lo mantenga, porque bueno, si yo puedo ganar el conflicto, pues acabo contigo y se acaba todo el sistema de guerra y todo el impase. Pero luego, cuando yo no logro derrotar a mi adversario y hay un escalamiento del conflicto; es decir, que la dinámica del conflicto ha cambiado: los costos tanto humanos como económicos y políticos van aumentando y

las anteriores reglas de coexistencia también se van alterando, el sistema como tal se vuelve cada vez más inestable y llega a un estado de desequilibrio. Aquí toca retomar en la aproximación sistémica lo que sucede cuando se generan unas dinámicas y dialécticas distintas con la intervención de nuevos actores. En el caso colombiano fueron dos cambios centrales los que transformaron la dinámica del conflicto. Primero fue la emergencia de los paramilitares que cambiaron las reglas del conflicto, es decir, antes el conflicto tenía dos partes principales que eran el Estado y la insurgencia, pero a partir de 1997 cuando se logra establecer la *umbrella* paramilitar, la dinámica del conflicto armado comienza a variar. Si uno mira la dinámica del conflicto ya venía en escalamiento en 1994, un poco antes de anunciar la *umbrella*. Yo revisé ese periodo anterior al anuncio de Castaño sobre la reunión de todos los líderes paramilitares y la extrema derecha colombiana en una confederación paramilitar con una estructura a nivel nacional.

De 1994 hasta el 2000 claramente hubo un escalamiento del conflicto y eso se puede ver en la tasa de combatientes muertos, número de combates sostenidos por año y la expansión de la geografía del conflicto armado. Esta situación empeoró todavía más con la entrada de los Estados Unidos en el año 2000 a través del Plan Colombia. Del 2000 al 2010 la tendencia central del conflicto armado fue una tendencia al escalamiento, por lo tanto me empecé a preguntar: si hay un escalamiento claro del conflicto, entonces tanto la guerrilla como el Estado deben estar buscando cómo ajustarse a esta nueva condición, y claro, así el sistema de guerra llegó a una época de desequilibrio. Frente a esto hay

dos opciones, o el sistema establece un punto nuevo de equilibrio y una nueva correlación de fuerzas, o el sistema como tal se acaba con la victoria de uno frente a otro.

Para el 2012, antes de que comenzaran las negociaciones de paz yo estaba pensando que el conflicto armado no daba para más, por esa época se estaba dando la publicación de la segunda edición de mi libro, lo que yo creí es que íbamos a entrar en una nueva etapa y que parecía que ambas partes del conflicto - la insurgencia y el Estado - iban a llegar al punto del derrumbe del sistema. Después me di cuenta que habían contactos entre el gobierno de Santos y la guerrilla de las FARC en Venezuela, donde se dio inicio realmente a las negociaciones de paz y se sentaron las bases para las negociaciones de La Habana.

Muchos en Colombia nos hemos pronunciado frente al carácter excluyente de la agenda de negociaciones, en el sentido de que margina temas importantísimos que al final terminan por excluir a la sociedad del proceso de paz. Adicionalmente, Kyla Sankey (2016) escribió hace unos días algo tan contundente como que el éxito del actual proceso de paz se debía principalmente a que en estas negociaciones no se está poniendo mucho en juego. Es decir, en realidad no se está cuestionando ni el modelo de crecimiento económico, ni el control de los recursos naturales o de la propiedad rural. ¿Qué tan central cree usted que es esto si lo que se busca es acabar con un conflicto armado como el colombiano?

Bueno, yo creo que es una falla del proceso de paz. El fondo de tener una sociedad

pacífica en Colombia está en repensarse el modelo de desarrollo económico del país. El actual modelo neoliberal rentista depende de las dos locomotoras de la economía colombiana, la agroindustria y las industrias extractivas. Lo que dicen algunos expertos económicos - relacionados con el Estado colombiano y conectados en términos orgánicos con las clases dominantes - es que a través de estos dos sectores la economía y el pueblo colombiano se van a alentar y van a alcanzar una mejoría económica. Realmente eso no es serio, creo que esta es la falla central de las negociaciones de paz como de sus conclusiones. Si el modelo de desarrollo económico de Colombia no se revisa en términos serios, el conflicto violento de Colombia no va a terminar. Aclaro que los conflictos jamás terminan, vivimos en sociedades divididas por clases, razas, religiones, géneros; tenemos sociedades muy divididas en las que por su misma heterogeneidad los conflictos surgen, y ese no es el problema, el problema está en que esos conflictos se vuelvan violentos. Y precisamente el modelo de desarrollo neoliberal rentista de Colombia no ayuda a crear una base pacífica y duradera que permita un desarrollo sostenible sin violencia. Para tener una Colombia económicamente sostenible y sin violencia toca repensar el modelo de desarrollo del país y fomentar la economía campesina rural y el agro colombiano; no solamente a los agrocombustibles y las agroindustrias, que son incapaces de levantar al campesinado de Colombia que constituye al menos el 30% de la población.

Por otro lado, como todos sabemos, el expresidente Álvaro Uribe se ha mostrado como la cabeza de cierta oposición al proceso de paz, usted mismo ha dicho que él representa a lo que podríamos llamar la facción dominante rural o la oligarquía rural que se opone al proyecto político de la paz y a las facciones más globalizadas de la clase dominante colombiana representadas por Juan Manuel Santos. Lo que yo me pregunto es ¿cuáles son los reales términos y alcances de esta oposición? Porque lo que se ha visto es que entre estas partes hay en realidad grandes coincidencias y eso es bien claro, por ejemplo, cuando aprueban en conjunto una ley de desarrollo rural tan nociva para el campesinado como las Zidres.

Esa es una pregunta realmente muy compleja, yo estoy tratando de comprender los cambios en la estructura de las clases dominantes colombianas y no es una pregunta fácil de responder. Si bien es bueno decir que Santos representa los sectores ciudadanos de la burguesía colombiana más integrada a la globalización y al capital internacional, y que por otra parte la oligarquía rural con los ganaderos y la narcoburguesía se ven representados por el expresidente Uribe; lo que tenemos en Colombia realmente es una radiografía muy complicada de las facciones - en plural - de la clase dominante. La que está manejando en este momento el país es la facción que el presidente Santos lidera, pero la correlación de fuerzas entre estas facciones de la clase dominante es algo que sube y baja. Lo que es muy alarmante es que ese sector de la clase dominante relacionado con la oligarquía rural sigue manteniendo poder político y militar; ellos manipulan los sectores paramilitares

y las milicias o ejércitos privados que pueden debilitar realmente cualquier proceso de paz y cualquier implementación de acuerdos incluso a niveles locales.

Entonces de nuevo surge una preocupación histórica para el país. Siempre que llega una burguesía más sabia al poder como pasó en las décadas de los 30 y de los 50 proponiendo una modernización del campo, no logra hacerlo por culpa de la oposición de la oligarquía rural más reaccionaria. Pero hoy día después de tantos años uno se pregunta qué tanto poder siguen teniendo esas oligarquías locales en departamentos como Córdoba, Antioquia, César, Bolívar e incluso Meta y cuántas de esas oligarquías locales han perdido poder. A pesar de que no son las mismas oligarquías de antes, las oligarquías cambian de nombre, apellido y título; hay una oligarquía importantísima que tiene todo el interés de clase en evitar cualquier cambio en la estructura de la propiedad privada en el campo que pueda ir contra sus intereses económicos y políticos. En este punto los científicos sociales debemos estar más atentos a la composición de esas oligarquías y a qué tanto poder tienen como para evitar cambios en la estructura de la tenencia de la tierra a nivel rural y también cuánto poder podrían ejercer en Bogotá; es decir, frente a las otras facciones de la burguesía colombiana. Esas son en realidad más interrogantes que respuestas a tu pregunta.

Por último, retomando aquello del carácter excluyente de la agenda de negociaciones y de un modelo de crecimiento económico que en realidad no se pone en cuestión, me gustaría traer una discusión que ya empieza a traer

acercamientos muy interesantes en Colombia acerca de las oportunidades o constricciones políticas y es: ¿qué posibilidades ve usted para las fuerzas políticas de izquierda y alternativas de base tras este proceso de paz?

Déjame decir algo muy amplio que siempre he dicho en Colombia, aunque ha generado una cantidad de controversias entre mis colegas del IEPRI; y es que las FARC como el ELN son fuerzas democratizantes a pesar de sí mismas. ¿Qué significa eso? Gracias a que el sistema socioeconómico en Colombia es bastante excluyente, a los colombianos les tocó levantarse en armas para abrir espacio político y de pronto generar algunas mejoras socioeconómicas. Por eso la cantidad de grupos insurgentes que surgieron a partir de los 60 fue enorme, de esos al fin quedaron dos fuerzas en el campo de batalla, el ELN y las FARC. Las FARC hoy en día abrieron más espacios y por eso no estoy de acuerdo con que la sociedad esté por fuera, la sociedad civil está en el pensamiento de las FARC porque al final ¿quiénes son las FARC? Son una parte de la sociedad civil armada. Los programas que ellos realizaron como los Foros en la Universidad Nacional fueron precisamente para abrir espacios, presentar documentos y buscar propuestas que en realidad llegaron a la Mesa de Negociaciones. Por eso creo que las FARC crearon una oportunidad democratizante; esto quiere decir que abrieron espacios para que la sociedad civil se involucrara con el proceso de paz y que viera sus intereses reflejados en él. Lo mismo pasó con el movimiento femenino de Colombia, para lograr incorporar a las mujeres, que han sufrido mucha violencia, a las negociaciones como parte integral del proceso mismo.

Entonces, al contrario, creo que las negociaciones con las FARC en La Habana abrieron un espacio muy amplio para que la sociedad civil hablara y participara. Lo mismo puede pasar con el ELN cuando el proceso de paz arranque. Por eso yo creo, y soy muy enfático en eso, que la insurgencia en Colombia sí fue y sigue siendo una fuerza democratizante para los intereses de la sociedad civil; incluso aunque falte tanto por hacer como por ejemplo con el tema del modelo de desarrollo económico. Los interrogantes principales de esto son para la sociedad civil, digamos que mañana se firma el acuerdo de paz con las FARC y pasado mañana se firma con el ELN, ¿qué va a pasar con los colombianos mientras no haya una economía política que realmente permita una mayor producción con un desarrollo sostenible, tanto en el campo como en la ciudad, y que tampoco genere empleos suficientes? Al fin y al cabo, mientras haya una sociedad que vive en altos niveles de pobreza y que no tiene resuelto el tema de las necesidades básicas insatisfechas para la población, es muy difícil que se den las condiciones para una paz sin violencia criminal y duradera. Realmente yo no creo que sea posible, yo creo que los retos hoy en día son, de hecho más grandes que en el conflicto armado. El reto para la sociedad civil y las fuerzas democráticas de izquierda es enfrentar una nueva Colombia en la que realmente siguen habiendo los mismos problemas de antes pero sin conflicto armado: la cuestión de la tierra y el modelo de desarrollo a nivel nacional. Entonces mientras esos dos no se revisen seguirán siendo generadores de violencia, ese es realmente el problema.

Referencias

- Richani, N. (1998). *Dilemmas of Democracy and Political Parties in Sectarian Societies: Lebanon 1949-1996*. New York : St. Martin's Press.
- Richani, N. (2013). *Systems of Violence. The political economy of war and peace in Colombia*. New York: Suny Press.
- Sankey, K. (2016). Peace without Justice. *Jacobin Magazine*.

AINKAA 